



EL OBITO DE DON TEOBALDO

Por
CAMILO JOSÉ CELA

A la doña Crisanta Limón Samaniego le decían de apodo, ¡vayan ustedes a averiguar por qué!, Ladilla y también Adeudo por declaración verbal; la gente no sabe lo que discurre y es muy beocia y dada al cataclismo, muy insurrecta y gilí y escandalosa. La doña Crisanta era enana, o medio enana, y de color lavado, vamos, quiere decirse albino y como pasado por lejía, esto es, rubio cocido en mucha agua y tan sólo con un pelín de azafrán corriente, bueno, de safrán, que es más pimentón que azafrán y más barato. Para colmo, la doña Crisanta leía a Rabindranath Tagore, famoso poeta indio, al que se sabía casi de memoria, y en la época del celo, cuando a otras más decentes se les ilumina el bigote y se les pueblan los sesos de esperanza, a ella le daba por pensar en voz alta fantasías florales y pedagógicas y se ponía tan cargante que no había dios que la aguantase. Después se calmaba, ¡qué remedio!, y volvía a su ser.

Don Teobaldo Narboneta Campillo, a quien decían Merde alors porque leía el «Paris-Match» y «France-Soir» y otros papeles (también por otras razones más privadas), estaba de maestro en el colegio de señoritas que regentaba doña Crisanta, a la que amaba (no obstante presentar legítima esposa) en secreto (sin duda por lo dicho) desde hacía veintidós años. ¡Los hay fieles, sí, señor, vaya si los hay! Don Teobaldo era muy ponderado y ecuánime y tenía el verbo (y el aparato digestivo) fácil y el ademán (y el aparato digestivo, no es de nadie la culpa) florido y ad hoc.

Una mañana, don Teobaldo, Merde alors, con el cuerpo hecho (el barómetro del cuerpo humano es el aparato digestivo: una a modo de bomba aspirante —la boca— impelente —ya saben— que regula las conductas psíquicas y somáticas) y el pantalón recién planchado, se dirigió al colegio donde profesaba (¡esto sí que está bien!), se encará con las señoritas del aula y fue y les dijo, dice:

—Escuchad, nenas. Dejaos de pensar en novios y atendedme. La voz *sinopsis* se registra ya en la novena edición del diccionario de la Real Academia Española, 1843, el año que el general Espartero (el del caballo) huyó a Inglaterra y vino al mundo el famoso novelista Pérez Galdós, Benito, famoso, sí, pero también propugnador de ideas arriesgadas y disolventes, que a la sazón la definía, digo el diccionario a la voz *sinopsis*, y perdón por el intercalado o inciso, como compendio o suma. Señorita Estévez: en nombre de la moral, le suplico que no incite usted a las pasiones, a los apetitos desordenados e incluso a la consideración mental de posibles ligeros toqueteos. Por favor, abotónese el vestido cabe el gaznate en prueba de modestia. Bien. El trifonema que acabo de articular ante ustedes —no modestia, el otro— es cultismo que procede del latín *synopsis*, y así en el famoso jurisperito Domitius Ulpianus y en el sabio agroperito Lucius Junius Moderatus Columella, natural de Cádiz, el Gades de los fenicios, que deriva, vamos, la voz latina *synopsis*, como es fácil de entender, del griego *σύνψις*, con vista, y que a su vez da origen al adjetivo *sinóptico*, no registrado por el diccionario de la docta casa hasta su duodécima edición, 1884, por las calendas en que los hermanos Renard construyeron el primer globo dirigible. Decencia, señorita Matías, mucha decencia; hágame la merced de no cruzar las piernas y, menos aún, dejando las corvas y hasta los muslins *σύν ψις*. En la sura XXIV del Corán se ordena a las mujeres que no se sienten de forma que puedan llegar a percibirse los encantos creados para estar ocultos, recuérdelo usted en todo momento.

Don Teobaldo Merde alors sonrió como un mico —¡y olé la chispa didáctica!— mientras por debajo del pupitre se tentaban un sí es no es elegiaco y resignado, la derrotada y sobajeadada y jubilada fe de bautismo. ¡Ay, tiempos, tiempos! ¡Y quien me ha visto y quien me ve, esquivada Crisanta Limón Samaniego, señorita directora! En fin... ¡Aparta la encarriladora, Josefina, que conviene ir poniéndose a bien con Dios Nuestro Señor!

—Pues como íbamos diciendo, nenas mías. Ovidaros de dengues y perifollos y cultivad con mimo de jardinero el probo huertecillo del conocimiento, eso es, del conocimiento. Para Hartmann, el conocimiento es la correlación del sujeto cognoscente (no debe pronunciarse en francés; remárguese: cog-noscente) con el objeto aprehensible. Señorita Villanueva y señorita Sanmiguel, ambas a dos: los sostenes, perdón, los sujetadores con pezón, perdón, con botón ortopédico inducen al pecado carnal, ténganlo siempre presente. «Multum interest utrum peccare aliquis nolit an nesciat», decía el prudente Séneca. Ustedes no quieren pecar, bien lo sé, pero la mujer, sólo por el hecho de serlo, nace sabiendo pecar; también pecar es hacer pecar a los demás, hijas mías. Reanudemos el hilo de nuestra disertación de hoy. Para Ortega, ya saben, Ortega y Gasset, José, el hombre es algo que no tiene su ser hecho como las cosas y las sustancias, al igual que los objetos de la Naturaleza, sino que es un ente que se realiza en la Historia, que se hace a sí mismo en la proyección de sí mismo sobre la Historia. Señorita Peláez, repórtese: éste no es lugar apropiado para darse mano de gato, ni suerte

alguna de afeites, en el morrito. Para Ortega, el conocimiento es el resultado de una elección. Señorita Duque, no se suba las ligas en mi presencia; el argumento que me dio usted la otra mañana de que se adorna las ligas con una insignia del Real Madrid y que la insignia va y se le tuerce, no es, en realidad de verdad, lo que pudiéramos llamar un argumento válido. Si la insignia del Real Madrid se sale de su sitio, retirese al cuarto de aseo y, discretamente, devuélvala a su oportuno lugar; aunque usted no lo crea, señorita Duque, soy todavía joven en las lides de amor.

Don Teobaldo Merde alors —¡y olé la flamenquería metafísica!— paseó su mirada por el aula de señoritas. ¿De confín a confín? Eso: de confín a confín y además mirando al tendido. ¡Qué pocos vamos quedando, Faustinita, y qué mala leche tenemos! ¡Paciencia, hermano, ya nos lo dirán en Misas, que de la liquidación por derribo ni se va a librar usted ni nadie, descuide!

—Y en forma sinóptica, mis locuelas alumnas, botoncitos de lozanas rosas que os abris a la vida, en forma sinóptica, tal cual os digo, quisiera exponeros lo que pudiéramos llamar la clave del problema vital, existencial, el ábrete sésamo que habrá de conducirnos, en volandas cual frágiles mariposillas, al triunfo de la sabiduría, que no es otro que el triunfo del espíritu animado sobre la inerte materia. Rebócese el hombro con el rebocillo, señorita Carvajal; las turgencias ganan, con las veladuras, créame, y desmerecen a la dura luz de la contemplación impertinente (y no lo digo por la mía, quede claro, que es respetuosa y como de padre). Un poco de atención, les suplico. Veamos ahora de repasar algunas nociones de derecho administrativo. Señorita Sacristán, póngase usted el «ABC» sobre las zonas que no alcanza el tejido. ¡Qué manía, esto de la minifalda! La sociedad pudiera entenderse como una archicofradía en la que las instituciones cumplen el cometido del cerebro (la Universidad), la función de los brazos y piernas (la industria y la agricultura), el oficio de los pulmones (el deporte sanamente entendido) y del estómago (el comercio), del aparato circulatorio (los ferrocarriles, el transporte por carretera y la navegación, ora aérea, ora fluvial o marítima) y del génitourinario. ¡Je, je! El aparato génitourinario, ¡qué gracioso!, ¿verdad? Ustedes serán madres algún día, tiempo al tiempo y sacramentos por delante, yo sé por dónde voy, y santificarán con el más noble menester de la hembra, eso es, de la hembra, el amoroso empleo del aparato génitourinario: la maternidad, jóvenes, ¡la maternidad! ¡La procreación de la especie, ahí es nada! Claro, es lo más normal, no teman, lo más natural del mundo. Hace unos años, con eso de la censura, al aparato génitourinario, en España, le sobraba el primer término del compuesto. Ahora ya no; ahora parece que las aguas van volviendo, poco a poco, a sus cauces. Señorita Ruiz: no debe usted abrocharse la rebeca a la espalda, bueno está lo bueno en esto de marcar las formas y las ondulaciones de los atributos naturales...

Don Teobaldo Merde alors hizo un extraño.

—Perdónenme..., cras, cras..., perdónadme..., cres..., cres... tráiganme un vasito de agua..., cris, cris..., traedme un vasito de agua, por favor..., cros, cros..., tan sólo un buche..., crus, crus... Usted, señorita Valverde, que ya va de tacón... ¡bacarrá!

Don Teobaldo Narboneta Campillo (q. e. p. d.) falleció ab intestato y antes, incluso, de que sus jóvenes alumnas llegasen a tiempo con el vaso de agua, tan sólo un buche; la verdad es que se quedó frito como un estornino. En el cajón de sus pupitres aparecieron seis o siete postales representando señoritas en actitudes lascivas. La doña Crisanta Limón Samaniego, alias *Ladilla* y *Adeudo por declaración verbal*, a elegir, mandó tapar al muerto con un par de sacos; se conoce que el muerto se fue para el otro mundo sin que ella pudiera ni sospechar el amor que desde hacía tanto tiempo le había despertado.

—Esta es una cosa muy seria —decía—, ya ordenará el señor juez de guardia lo que mejor proceda; con esto de los muertos sin avisar, no se puede andar jugando. ¡Recreo, señoritas! ¡Pueden ustedes salir al patio!

La viuda de don Teobaldo Merde alors, que se llamaba doña Consolación Correas, extremo que antes no se precisó por olvido, y que padecía *reúma* articular deformante, no mandó quemar las escandalosas estampitas sin dilación (que hubiera sido lo correcto), sino que a las señoritas retratadas, a los dos o tres días de viuda, les pintó bigote con un plumín muy finito, tinta china y mucha paciencia y habilidad.